

Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO
MIGUEL COLMEIRO



El rector de la Central,
dicho sea sin agravio
de los demás, es un sabio
de modestia excepcional.

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—Pájaros que se van, por Eduardo Bustillo.—La siesta, por José Jackson Veyan.—A... X., por Eduardo de Palacio.—Extravagancias, por Juan Pérez Zúñiga.—La eterna derrota, por Sinesio Delgado.—Desde Villafresca, por J. Rodao.—Concurso de sonetos.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Miguel Colmeiro.—Los grandes festejos.—Anuncios, por Cilla.



Figueira.

La colonia veraniega va aumentando de día en día.

Llegan muchas familias portuguesas, procedentes del interior, y bastantes españolas, en su mayoría de Salamanca, Badajoz y Cáceres. Los de Madrid somos en junto seis ó siete, modestos, pero bien parecidos, y entre ellos hay un joven rubio, con americana de franela amarilla y rayas azules, que ha producido un gran efecto en este país. Él dice que es sobrino de Jove y Hevia y que viene viajando por puro recreo; pero á mí no hay quien me quite de la cabeza que yo le he visto en el Rastro vendiendo el elixir maravilloso para los dolores de muelas y raigones.

Lo primero que hizo, al llegar aquí, fué declararse á una portuguesa y hacerse socio del Casino Mondego, donde baila todas las noches como un peón. Desde el día de su llegada, nadie se atreve á levantar la voz en su presencia, y todos los demás españoles estamos cohibidos. Háblase de Castelar, por ejemplo, y él dice:

—¡Castelar! Muy amigo mío.

Trátase de la Campos, verbigracia, y añade él inmediatamente:

—¿Quién, la Campos? Muy amiga mía.

Ayer, sin ir más lejos, recayó la conversación sobre el próximo Centenario, y oí que decía con su acostumbrado desahogo:

—¿Quién, Cristóbal Colón?

—¿También es amigo de usted?—interrumpí yo.

Y él dijo sin perder el aplomo:

—No, señor; pero lo soy de Pando y Valle, que es casi lo mismo.

Aquí, donde impera la buena fe, es cosa corriente pasar por hombre importante. Basta para ello que el interesado hable de sus haciendas y haga sonar en el bolsillo unos cuantos duros. Dada la triste situación económica de Portugal, donde no se encuentra una moneda de plata para un remedio, cualquiera que traiga cinco duros en pesetas, resulta un potentado.

Anoche me decía un portugués, refiriéndose á un bañista de Barbastro:

—¡Debe ser hombre muy rico!

—¿Por qué?—pregunté yo.

—Porque compra las cerillas por mayor y trae consigo cuatro criaturas muy gordas y una perra.

Estos días se ha notado la ausencia de gran número de vecinos. Todos habían ido á la inmediata ciudad de Coimbra, donde se celebraba la fieste de la *Rainha Santa*. Mientras ellos se divertían viendo las iluminaciones, las verbenas y las *touradas*, nosotros los españoles nos entregábamos *solos* á la dulce tarea de pasear en la playa, bailar por la noche en el Casino Mondego y apuntar *tostones* á la ruleta. Al decir «tostón» no me refiero al cochinillo asado, sino á una moneda que vale dos reales próximamente, y hago esta aclaración para que no se figuren ustedes que aquí jugamos con animales muertos.

Durante la ausencia de estos honrados vecinos, puede decirse que hemos sido dueños de la población. Cada uno de nosotros hacía lo que le daba la gana, y yo estuve á punto de mandar que

apagasen los faroles del alumbrado público, sólo por tener la satisfacción de ser autoridad siquiera una vez en mi vida. ¿No lo es Bosch y Fustegueras?

Aun sin necesidad de que nos dejen solos, aquí todos tenemos nuestro poquito de mando. Yo dispongo del bañero, verbigracia, y el hombre me obedece con el mayor gusto.

—Juan—le digo,—sumérgeme con rapidez; Juan, viérteme el cubo encima de la cabeza; Juan, enjúgame el rostro con la toalla; Juan, ráscame.

El bañero es la providencia de los españoles de ambos sexos, y para él no tienen nada oculto las señoritas.

Aludiendo á una jamona que se baña todos los días abrazada al Juan y parece un baúl mundo, dijimos á éste:

—¡Caramba! ¡Vaya unas carnes las de esa señora!

Y él nos contestó con desconsuelo:

—No lo crea usted; es grasa.

Desde ayer tenemos un nuevo centro de reunión y regocijo: un *café-restaurant* titulado de *Madrid*, donde toca el piano el maestro Mantilla, madrileño neto, y canta el famoso tenor español Salces, retirado hace tiempo de la escena. Oyendo á ambos artistas se cree uno transportado á la alegre España. Para que la ilusión fuese completa falta sólo que hubiese en el *café* un par de *sablistas*, pero aquí no se conoce este tipo; aquí nadie pide dinero prestado: lo más que suele hacer uno que otro bañista es alquilar una casa, decentemente amueblada, con dos puertas laterales y una al fondo, etc., y un día, sin previo aviso, atarse un pañuelo á la cara como quien tiene un flemón, y tomar el tren silenciosamente, sin pagar al casero.

Al nuevo *café* de *Madrid* acude la colonia española y allí se habla, como es natural, el rico idioma de Cervantes y Peris Mencheta.

Los portugueses, grandes admiradores de nuestra lengua, no pueden menos de entusiasmarse al oír decir:

—*Pus* nosotros hemos *venio* ayer.

—*Anque* parece que *semos* tontos, á nosotros *naide* nos la da, porque *venemos* de Vitigudino.

Todos estos primores del lenguaje obligan á exclamar á al gún portugués erudito:

—¡Oh, qué hermoso idioma!

Se ha hablado mucho estos días de que iba á establecerse el cordón sanitario en la frontera, pero no hay tales lazaretos; lo que hay es una escrupulosa vigilancia respecto de las procedencias francesas. Á todo el que viene de Francia se le somete á una disolución de aguardiente alcanforado y glicerina: si trae ropas de cama se le detienen, y si se nota que trae la faz demudada, se le da la puntilla detrás de una caseta; después se recogen los restos mortales del viajero y se guardan en un armario, para devolvérselos á la familia en caso de reclamación.

Los que procedemos de España sólo sufrimos el registro aduanero, y en este punto no podemos quejarnos, pues los carabineros portugueses son considerados y atentos, por más que digan. Bien es verdad que aquí tienen un jefe dignísimo, D. Alfonso Castro-Monteiro, que procura evitar á los españoles toda clase de molestias y se capta las simpatías de toda la colonia.

El correo se va, y á mí se me ha fijado un punto en un vacío á causa de unos versos que me leyó anoche un vate de Castuera.

Conque ustedes lo pasen bien.

LUIS TABOADA.

PÁJAROS QUE SE VAN

Es el tal un caballero
sin profesión y sin renta,
pero pájaro de cuenta
que siempre tiene dinero.

Con la vida que se da
nos prueba bien que lo tiene;
y en el otoño se viene
y en el verano se va.

¿Dónde va? Como *Petrilla*,
donde va lo que zozobra:
¿queda sin gente? Pues sobra
para él nuestra heroica villa.

Y quedar Madrid sin gente
es, para pájaros tales,
irse unos cuantos mortales
que viven alegremente

de herencias, robos ó *timos*,
aquí y allá zozobrando
y, por vanidad, pagando
glorias y honores de *primos*:

porque, en Madrid ó en el Norte,
los pródigos son viciosos
que han de hacer de los ociosos
el personal de su corte.

Y á eso los pájaros van
que aquí á mi lector presento:
á vivir de largo aliento
de parodias del *Don Juan*,
aplaudiendo sus locuras
y sus vicios halagando,
y donde quiera sacando
jugo de sus aventuras.

Rufianes de compañía,
jaleadores de jolgorio,
ya pague el gasto Tenorio,
ó bien lo pague Mejía.

Biarritz ó San Sebastián,
toda playa es buen asiento
si ellos ven el movimiento
del *din* de los que lo *dan*
y de arrojarlo se ufanan
ante el limpio paño verde,
donde, si el que tiene pierde,
los que nada tienen ganan.

Y allí no causa sorpresa
que un pájaro de estos míos
meta el oro ajeno en líos
con la baraja francesa,

tirando con arrogancia
cual si lo suyo tirase,
pues aunque se pierda *el pase*,
él siempre ha de hallar ganancia.

Y si, entre juego y mujeres
y borracheras de orgía,
el que el placer le servía
se arruina con los placeres,
huye á cantar á otra puerta,
carne viva á ver venir,
porque él no puede sufrir
ni el olor de carne muerta.

De rapiña á no dudar,
es al fin, bien educado,
pájaro muy delicado
de olfato y de paladar.

EDUARDO BUSTILLO.

LA SIESTA

I

Sobre el mullido lecho reclinada,
despierto el corazón aprisionado
y adormecido el sol de su mirada,
por la blanca y finísima almohada
cuelga el rubio cabello destrenzado.

Ya la risa en sus labios aparece,
ya dura contracción dolor expresa,
ya quiere despertar, ya se adormece.
Cada vez que suspira se estremece
y no se sabe si suspira ó besa.

Horas pasadas la ilusión evoca
y en un mundo ideal de eterna calma
sueña venturas y placeres toca.
Una luz celestial la inunda el alma
y un nombre se le escapa de la boca.

Del cortinón burlando la cautela,
lleva hasta el lecho el sol sus rayos rojos.
Blanca mariposilla en torno vuela...
¡La siesta del amor!... ¡Duermen los ojos
y el corazón y el pensamiento en vela!

II

Sobre el ancho sillón arrellanado,
puestos los gruesos pies sobre una silla,
ronco el aliento, el rostro amoratado,
entre sueño, modorra ó pesadilla,
se durmió con el último bocado.

Apenas si resiste la poltrona
de aquella humanidad el peso horrendo.
Le paga con largueza á su patrona,
y come bien el *padre reverendo*,
para servir á Dios y á su persona.

Los carrillos redondos y macizos
se ensanchan, dibujando francas risas,
dulce expresión de angélicos hechizos.
¡Esque sin duda sueña con bautizos,
con entierros, con bodas y con misas!

Interrumpe el reposo de la hartura
algo que en el abdomen cosquillea.
¡De la boa la ardiente calentura!
¡Bendito y alabado el sueño sea!
Sueño de indigestión: siesta de cura.

III

Sin temer de las losas la dureza,
hecho un ovillo, como duerme el perro,
sobre el nervudo brazo la cabeza,
como lecho le ofrece la pobreza
colchón de piedra y almohadón de hierro.

Con el yeso en las manos y en la ropa
bajó del alto andamio al dar las doce.
Ya le aguardaba la amarilla sopa,
la ración de garbanzo y media copa,
postre el mejor que el infeliz conoce.

Desde las seis, que el capataz le nombra,
descanso el cuerpo con razón reclama;
en la acera de enfrente vió la sombra,
y hecho pedazos, sin mullir la cama,
se acostó con el suelo por alfombra.

¡Causa pena su sueño placentero!
Arriba el cielo, el pedernal debajo:
ei hospital su porvenir entero...
¡Es la tregua de un día de trabajo!...
¡Dios bendiga la siesta del obrero!

JOSÉ JACKSON VEYAN.

Á.....X

Aunque deploro el motivo,
sí miento un rayo... la parta,
he recibido su carta
y acuso á usted el recibo.

Al pronto me sorprendí,
porque mi memoria es buena,
y usted se llamaba Elena
cuando yo la conocí.

Hará de esto veinte eneros,
si no llevo mal la cuenta,
cuando era usted *subteniente*
ú oficiala de sombreros.

Estaba usted delgadita,
¡pero cuán dulce y sabrosal!
Una chica primorosa,
buena, barata y bonita.

Por ambición natural
tomó usted otra carrera,
y fué Rita, la florera
de un teatro principal.

En su nueva profesión
adquirió usted relaciones
y, no sé por qué razones,
se tituló Encarnación.

Contra muchos galopines
defendió usted su decoro,
y la llamaban á coro:
«Lucrecia de los Jardines.»

Si no es infiel mi memoria,
se marchó usted á Granada,
y volvió, al año, casada
y llamándose Gregoria.

Se arruinó el mortal dichoso
y, si se descuida, *mera*;
y usted se quedó... soltera,
sin haber muerto su esposo.

La hallé por casualidad
y supe que, á la sazón,
en su nueva ocupación
era usted Natividad.

Y que, dejando al zopenco
que la monopolizaba,
bailaba usted y cantaba
en el género flamenco.

En los Bufos Arderús
entró usted como Pepita,
en Eslava, de Conchita,
y de Magdalena, en Rús.

Y así, sucesivamente,
conforme el tiempo pasó,
vi que usted se bautizó
con un nombre diferente.

Por lo que en esta ocasión
no ofendo á su dignidad
negándole á Soledad
lo que le niego á Asunción.

Y pasados «los apuros»,
que suelen ser ideales,
«ustedes» quedan iguales
y yo con los veinte duros.

No me juzgue usted grosero
aunque me cierre á la banda.
Ya sabe usted que me manda...
pero no á pedir dinero.

EDUARDO DE PALACIO.

EXTRAVAGANCIAS

Pocos hombres habrá tan extravagantes como D. Eleuterio Chapirones.

¡Válame Dios y qué costumbres tan raras *padece* el buen señor!
No se despierta por la mañana si no entra su doméstica en la alcoba con un tapete arrollado al pescuezo y tocando en la ocarina la marcha del Profeta.

Nuestro hombre abre los ojos de par en par, bosteza tres veces y se bebe un chico de horchata con patatas fritas, después de frotarse la nuca con unos gemelos de teatro.

En seguida se viste, murmurando devotamente la tabla de multiplicar y no sé qué pragmática del rey D. Carlos III. ¡Pero cómo se viste!... Primero se calza, metiendo un pie en un gorro de punto y el otro en una caja de almendras de Alcalá. Cubre luego sus carnes atándose al cuerpo con balduque unos cuantos números de *La Voz de las Clases Pasivas*, y en verano, como suda mucho, sustituye *La Voz* con papel secante. Sobre la cabeza suele llevar ordinariamente una escribanía de bronce que le regaló su tío el arcipreste, y en la mano derecha media libra de escabeche de besugo envuelta en la fe de bautismo de la criada.

Una vez vestido, llama á la portera y le hace que toque la pandereta debajo de una consola por espacio de veinte minutos, transcurridos los cuales, lanza un suspiro, despide á la portera y avisa al alcalde de barrio para que le rasque la columna vertebral con el bastón de mando, mientras llega la hora del almuerzo.

Antes de almorzar sube á la guardilla, se quita la dentadura postiza y la esconde dentro de una ratonera.

El almuerzo es extravagante como él solo.

Comienza D. Eleuterio lamiendo á la criada y á un primo suyo que fué guardia civil.

Después coge al gato y lo zambulle en la sopera cantando el himno de Garibaldi.

Toma luego café moka con aceite y vinagre, lengua estofada á la vainilla con fresones y sorbete de hígado de bacalao, no sin haberse colgado previamente de cada oreja una zapatilla de su planchadora, que es de Badajoz.

Después se mete en la despensa con una guitarra, se encarama á un vasar y allí se queda dormido, hasta que le despierta un perro cojo que tiene contratado expresamente para morder á los vecinos.

Ya despierto, se pone á trabajar en el descansillo de la escalera. Unos días compone paraguas, otros afeita á los amigos, otros escribe crítica de teatros, otros fabrica moneda falsa... en fin, se dedica á lo que buenamente le sale, aunque lo que le salga sea una erupción.

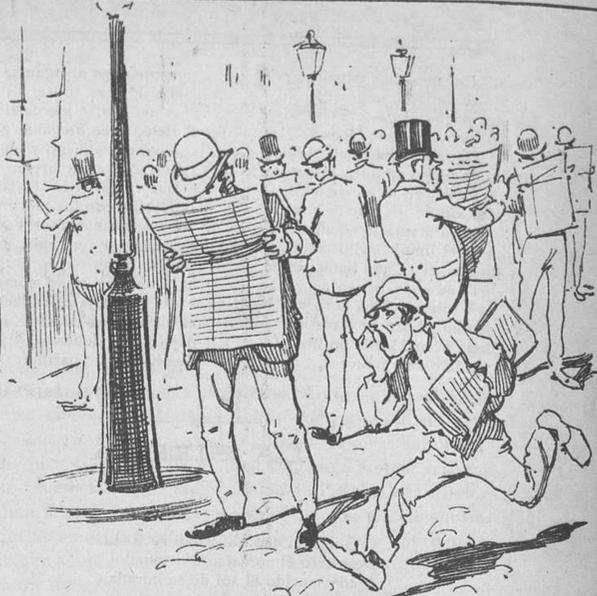
A la caída de la tarde forma toda su vajilla á lo largo del corredor, y se introduce por cada ventana de la nariz un lapicero de cuatro usos, como previa operación para el baño de aceite que, al anochecer, se da dentro de la zafra. En ella se mete de cabeza y no sale hasta que ha concluido de recitar la vida de Santa Teresa y los dos primeros capítulos del Código penal.

Sale del baño muy excitado y nervioso, dando voces y patadas en el techo, hasta que se seca restregándose contra unas primas

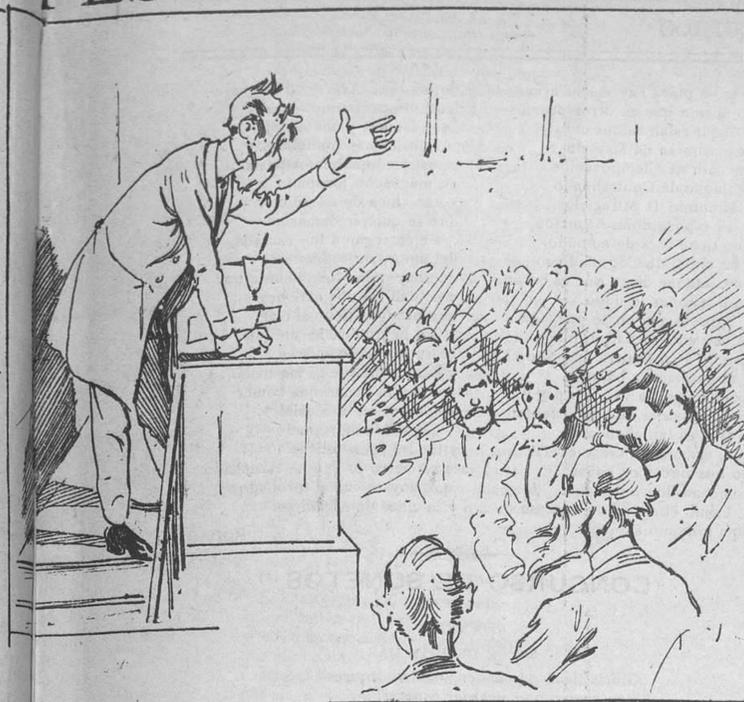
LOS GRANDES FESTEJOS



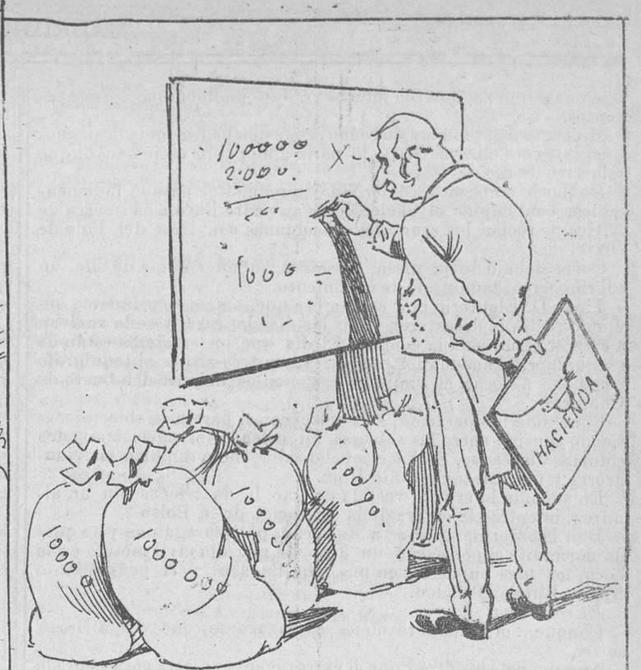
Un día se le ocurre á un erudito la idea feliz de que se debe honrar la memoria de tal ó cual personaje histórico.



Y la echa á volar por los periódicos á ver si cuaja.



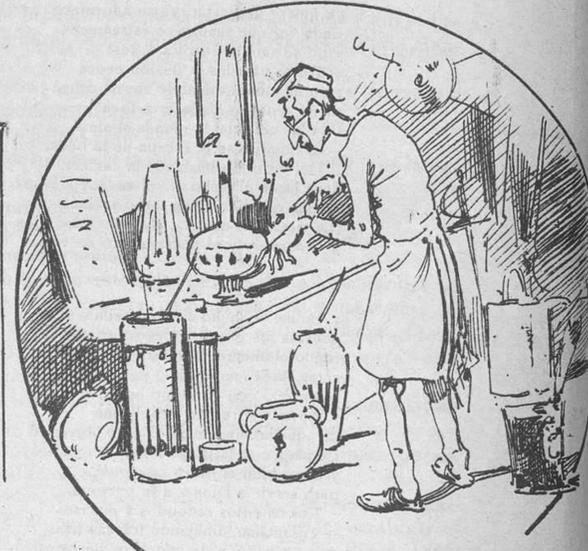
En el Ateneo empiezan á dar conferencias sobre el asunto, diciendo todo lo que saben y mucho de lo que no saben.



Enseguida va el Gobierno, que no sabe qué hacer con el dinero que le sobra, y carga al presupuesto unos cuantos millones de pesetas.



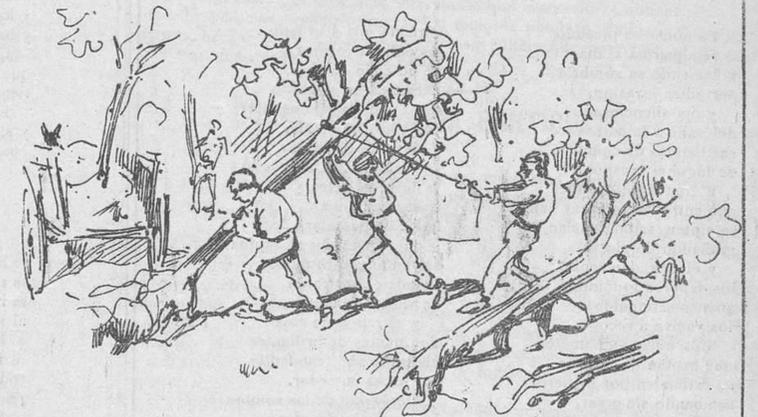
Y se nombra una comisión de personas graves, para que den su opinión y propongan lo que mejor les pareciere.



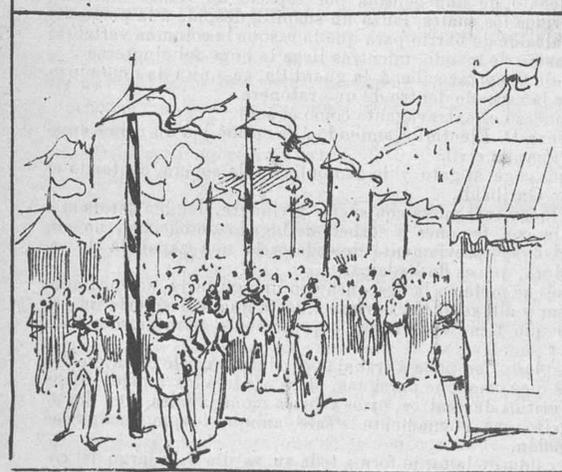
Los anticuarios preparan sus colecciones más ó menos auténticas.



Los poetas, que ¡ay! nunca faltan, escriben odas y más odas para pescar la flor natural de cualquier parte.



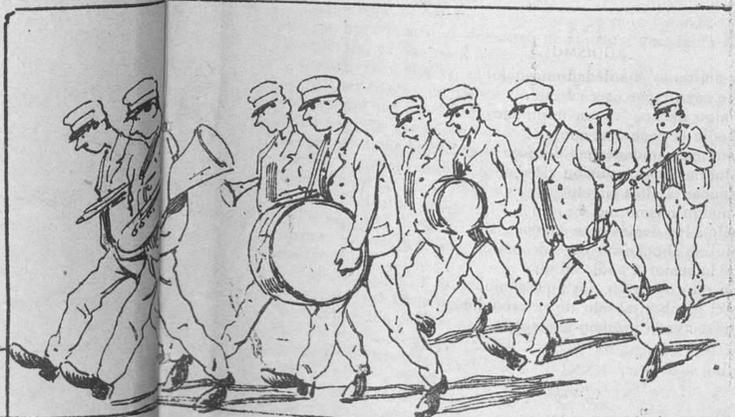
Unos cuantos meses antes los operarios de la Villa empiezan á quitar árboles á destajo, que es la mejor manera de solemnizarlo todo.



Surgen por todas partes gallardetes viejos y banderolas desteñidas.



Abusando del reclamo y de los telegramas se logra que las naciones extranjeras estén con el alma en un hilo.



Y luego se sale del paso trayendo y llevando á los chicos del Hospicio.



Y celebrando ¡por fin! los grandes festejos á fuerza de buñuelos y de farolillos de colores.

segundas que le quieren mucho y van también para extravagantes.

Mientras llega la hora de comer, coge una badila mojada en chocolate y con ella machaca la nariz á un pobre vecino suyo, que sólo vive de eso.

No puede empezar á comer sin dos requisitos para él indispensables: contemplar el chaleco que su padre llevó á la guerra de Africa y rociar los aranceles de aduanas con licor del Polo de Orive.

Come debajo de la mesa, y le sirve, subido encima de ella, un sobrino suyo, taquígrafo de nacimiento.

Tiene D. Eleuterio por costumbre que, entre el primero y segundo plato, le desesteren todos los días la casa, y se la vuelvan á esterar terminada la comida. El día que los estereros están de mal humor, abandona los manjares, da tres azotes al taquígrafo y se pone á tocar el violín en calzoncillos delante del busto de Cabrera.

Concluida la operación, se acuesta con el paraguas abierto, metiendo consigo entre las sábanas un calendario americano y dos cotorras disecadas. Si hace mucho calor, mete también las vinagreras y un retrato de Julio Ruiz.

En seguida la criada, vestida de frac, le da friegas con un almirez, mientras le entera de la cotización de la Bolsa.

Don Eleuterio, muerto ya de sueño, pide zaragatona y se queda dormidito el pobre con un dedo del guardia civil metido en la boca, los pies envueltos en una toquilla azul y el pensamiento fijo en Rubau Donadeu.

Et voila tout.

Conque... si el hombre no es extravagante, que venga Dios y lo vea.

Aunque ustedes dirán que el extravagante (ú otra cosa peor) lo es realmente su afectísimo y seguro servidor

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.

LA ETERNA DERROTA

La noche va picando
la retaguardia al día
y haciendo su sombría
periódica invasión,

y fija silenciosa
del valle á la montaña
sus tiendas de campaña
de lúgubre crespón.

Ejércitos de duendes
que entre las sombras velan
se agitan, saltan, vuelan,
gruñendo de placer,
y el eco, que repite
los ásperos gruñidos,
apenas extinguidos
los vuelve á recoger.

Los trasgos diminutos
que brotan de la tierra
se extienden por la sierra
zumbando sin cesar,
chapúzanse en las fuentes
y empolvan los caminos
formando torbellinos
en rauda revolar.

Y la mitad del mundo
tranquila duerme en tanto
cubierta por el manto
del sueño bienhechor,
y olvida sus combates,
sin importarle cosa
la turba misteriosa
que zumba en derredor.

De pronto, la avanzada
que mira hacia el Oriente
anuncia el inminente
peligro de morir,
y tiemblan los fantasmas

mirando allá á lo lejos
los pálidos reflejos
de un cielo de zafir.

Semeja su zumbido
que en el espacio estalla
preludios de batalla
y hervores de la mar,
mientras allá, buscando
la desigual pelea,
lejana centellea
la luz crepuscular,

que avanza luego rápida
salvando el alto monte,
inunda el horizonte
de vida y de color,
y ejércitos de rayos
con puntas de brillantes
clavando van triunfantes
sus haces en redor.

Desgarran de las sombras
las tenues barricadas
y rompen á lanzadas
el apretado tul.

Fantasmas y vestiglos
escapan al instante
y surge el sol radiante
en el espacio azul.

Vencida así la noche
traspone la montaña,
sus tiendas de campaña
llevando á otra región,
y deja por despojos
en valles y colinas
jirones de neblinas
y rastros de crespón.

SINESIO DELGADO.

DESDE VILLAFRESCA

Como persona importante,
buscando atmósfera fresca
vine á esta playa distante,
donde se baila y se pesca
y nos réimos bastante.

Aquí reina la alegría
y me he venido á bañar,
aunque falta no me hacía,
porque el no verancar,
vamos, me rebajaría.

Se fué el jueves mi portero
á bañarse al Sardinero,
y también á Santander
se han marchado antes de ayer

mi sastre y mi zapatero.

No ir yo me daba rubor,
y dije:—Pues no me pesca
en esta tierra el calor,
y me vine á Villafresca,
que es un pueblo encantador.

La temperatura es sana
y el sol esplendente, que arde
dando á la gente galbana,
sale aquí por la mañana
y se oculta por la tarde.

La gente es amable y buena
y la campiña está llena
de jardines y de huertos,

y en la playa hay mucha arena,
lo mismo que en otros puertos.

Aquí están veraneando
la marquesa de Majuelos,
un cura de Ciempozuelos,
el duque de Contrabando
y el conde de Miracielos,
su esposa doña Asunción,
que tiene cara de embudo,
y un chico de Cogolludo
que, aunque dicen que es barón,
en ocasiones lo dudo.

Aquí el mal no se propaga
ni hay enfermedad ni plaga
que dé á cualquiera mal rato,
y el pupilaje es barato...

¡para el que se va y no paga!
La playa es tan importante
y el agua tan abundante
que, cuando no crece el mar...
no nos podemos bañar
como no llueva bastante.

Como el agua no es escasa,
aquí ninguno se queja

de la pesca. Ayer—no es guasa—
fuí á pescar y traje á casa
dos sardinas y una almeja.

Sólo turban los felices
ratos que aquí hemos pasado
un muchacho jorobado
y una chica de Alcañices,
que se quieren demasiado.

Se entregan á los excesos
del amor, sin reparar
que hay quien los puede mirar,
y se dan los dos más besos
que besugos tiene el mar.

En la comida hacen gala
de su profundo querer,
y esa costumbre es tan mala...

¡que hasta tienen que comer
los niños en otra sala!

Seré más afortunado
y tendré ratos felices
si es cierto lo que he escuchado:
¡que hoy se van el jorobado
y la chica de Alcañices!

J. RODAÑO.

CONCURSO DE SONETOS (1)

XXVIII

NO SÉ DECIRTE MÁS

Gloria tiene que haber mientras aspiras
al bien eterno que alcanzar esperas;
en el mundo hay amor mientras tú quieras
y en el cielo habrá luz mientras tú mires.

Las puras auras mientras tú suspires
besarán á las flores hechiceras,
y habrá virtud hasta que tú te mueras,
y habrá belleza mientras tú no espíres.

Que por tí, que eres causa del anhelo
que siente por la gloria el alma mía,
tienen el pecho amor, dicha y consuelo,
la noche estrellas, claridad el día...
y si no hubiera, por desgracia, un cielo,
cuando murieses tú... ¡se formaría!

Un punto.

XXIX

RESUMEN DE ESPAÑA

EN EL ÚLTIMO DECENIO DEL SIGLO XIX

Por cada docto quince mil doctores;
la religión haciendo el equipaje;
la moral aún no ha vuelto de su viaje;
al amor suplantaron los amores.

Muy poco honor, muchísimos honores;
al rico adulación, al pobre ultraje;
todo es chanchullo y música, y chantaje...
(*passez le mot, messieurs*, digo, señores).

Esto no es patria, sino feria y trato.
Omnipotentes son las arcas llenas;
todo se vende, se perdió el recato.

Muchas Sodomas y ninguna Atenas;
muchos don Opas y ningún Viriato;
muchos *Me-comes* y ningún *Mecenas*.

Petronio.

XXX

EGOÍSMO

Huyo del ruido, á soledad me acojo;
antes que rey prefiero ser cartujo;
si hago algo bueno, sea por mi influjo;
para mí sólo el goce ó el enojo.

De externas vanidades me despojo
cuando mi humana condición estrujo,
y al desnudar el alma sin tapujo
solo conmigo mismo me sonrojo.

Por ello á los demás os aventajo,
pues solo me abochorno y me despejo,
y con mi lamentar á nadie aflijo;

que en esto de penar por aquí abajo
siempre el hombre, al salir de su escondijo,
encuentra en cada prójimo un espejo.

Varona.

XXXI

AL CÓLERA

Ya distingo su sombra gigantea
dibujarse terrible en lontananza,
ya feroz resoplido al aire lanza
y su roja pupila centellea.

Ya su nombre en el campo y en la aldea
con pavor se repite al ver que avanza,

(1) Esta semana se han recibido ciento siete.

ya abandona al cobarde la esperanza,
ya la campana fúnebre voltea...

Mas cumple inexorable tu destino,
avanza, y que tu aliento ponzoñoso
la especie humana sin piedad destruya,
porque esta sociedad que en tu camino
se eleva como miembro canceroso
¡no merece otra muerte que la tuya!

Chiquito.

XXXII

Á LAURA

Si el mirarme tal vez te causa enojos,
¡oh Laura! no me mires en tu vida.
Yo sabré, sin que nadie me lo impida,
mirarme en los cristales de tus ojos.

Brote una frase de tus labios rojos
que de mi corazón rasgue la herida;
mátame de una vez, que preferida
es para mí la muerte á tus antojos.

Mas no exijas de mí, con alma inerte,
que yo mi vista de la tuya aparte;
que eso fuera agravar mi triste suerte.

Déjame enamorado contemplarte:
que imposible es mirarte sin quererte,
y mucho más quererte y no mirarte.

Juan K. Alzoles.

XXXIII

Á UN MATERIALISTA

Si sólo esperas al finar tu vida
que se ceben en tí bichos insanos
y la tumba no encierre otros arcanos
que un montón de materia corrompida,
será el ser cerdo tu ilusión querida;
porque si el hombre es plato de gusanos,
al cerdo se lo comen los humanos,
que es honra, al cabo, más apetecida.

Del que se muere los despojos echa
al polvo el hombre vivo con desprecio;
del cerdo, en cambio, todo lo aprovecha.

Más digno es, pues, de elogios y de aprecio
un cerdo vivo ó muerto en cualquier fecha
que un hombre, muerto ó vivo... si es un necio.

Perséculo.

XXXIV

LUZ Y SOMBRA

Los del alba rosados resplandores
admira un niño... y á la luz que empieza
cobra el cielo su azul, la mar belleza,
verdura el prado y su matiz las flores.

De la tarde los pálidos fulgores
contempla un viejo que medita y reza...
Todo es silencio, soledad, tristeza,
cuando mueren la luz y los colores.

El uno ve su vida y su esperanza
ante la aurora que á su vista ofrece
hondo misterio que á entender no alcanza.

Y al ver el otro que la luz decrece
y que la noche silenciosa avanza,
sólo piensa en morir, y se estremece.

El Licenciado Vidriera.

CHISMES Y CUENTOS

Cumpliendo lo ofrecido, damos por cerrado y *concluso para sentencia*, en el presente número, el concurso de sonetos, que tanto ha hecho gemir á las plumas, ya que no á las prensas.

Se han recibido, optando al premio, cuatrocientos veintitrés sonetos, aceptables en su inmensa mayoría, dicho sea para satisfacción nuestra y de los autores que nos han honrado remitiendo trabajos.

El pequeño espacio de que disponíamos para insertar los admitidos y el temor de que la broma se hiciera demasiado pesada nos ha hecho separar del concurso infinidad de composiciones que en otras circunstancias hubiéramos publicado seguramente. Pero ¿dónde y cuándo íbamos á colocar cuatrocientos sonetos?

De aquí que la selección haya sido minuciosa y hayamos tenido que fijarnos en detalles insignificantes que en otra ocasión hubieran pasado inadvertidos.

Viniendo ahora á lo que importa, debemos declarar, y declaramos efectivamente, que consideramos insuperables para nosotros las dificultades de la adjudicación del premio. Habiendo sido los encargados de la admisión de originales, claro está que todos los publicados nos gustan casi por igual, y no encontrando ninguno de tan relevantes cualidades que, sobresaliendo de los demás, merezca el billete de Banco sin género alguno de duda, preferimos acudir á *más señores* para evitar la nota de parcialidad que en todo caso pudiera achacársenos.

Diga, pues, el público cuál soneto le parece mejor, puesto que para el público se escribieron todos. Y nosotros, después de pagar religiosamente, nos lavaremos las manos.

Pero como esto del sufragio universal se presta á chanchullos y mixtifi-

caciones, solamente consideraremos válidos los votos de las personas siguientes:

1.º Todos los ciudadanos que figuren ó hayan figurado en nuestras listas de suscripción.

2.º Todos los que de otro modo cualquiera, por ejemplo, remitiendo versos, haciendo consultas, figurando como corresponsales (hasta los tramposos), etc., hayan acreditado su personalidad en esta redacción.

Para votar basta remitir una tarjeta postal en que se indique el número de orden con que se ha publicado el soneto, el título de éste y la firma del votante.

Ejemplo:

«Voto por el soneto número tantos, titulado tal cosa.

Fulano de Tal.»

El próximo viernes, 5 de Agosto, á las cuatro en punto de la tarde, se hará el escrutinio, y en el número del día siguiente daremos cuenta detallada del resultado.

Sólo nos resta suplicar encarecidamente á cuantos tienen derecho á votar que lo hagan lo más pronto posible, advirtiéndoles que si, lo que Dios no quiera, votara un solo suscriptor, las cien pesetas se entregarían al autor del soneto favorecido con ese voto.

Y antes de terminar damos gracias, de todo corazón, á cuantos han acudido al concurso.

Y hasta otra.

Que á la mar van los ríos
no es cosa rara,
y á morir en las tuyas
van mis miradas.
Mas ¡quién diría
que á venderse en un Monte
van mis sortijas?

LUIS BERNAT.

Nuestro compañero D. Antonio Peña y Goñi acaba de dar á la estampa la segunda parte del libro *La pelota y los pelotaris*.

La primera parte se vendió como pan bendito y sirvió para *ilustrar* la opinión, que andaba un poco descarriada en boleas y reverses.

Esta segunda es, si cabe, más interesante que la anterior. Contiene multitud de semblanzas anecdóticas de los mejores pelotaris antiguos y modernos, hechas con el donaire y la graciosa soltura que distinguen al flamante académico de *la de Bellas Artes*.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Casero.—Adolecen de vulgaridad, y descuida usted un poco la forma. Sin embargo, no es mala manera de empezar, ¡qué demonio!

K. Misón.—«Muy triste suerte es la mía
comadre de tanto valer,
tener que corresponder
con esta calabacera.»

Pues, efectivamente, la suerte es triste, y no sólo por lo que dice usted, sino porque además no cuenta usted las sílabas.

Sr. D. C. B.—Ateca.—No creo que haya en España representante alguno. De modo que hay que dirigirse á Amsterdam.

Un poetaastro.—Ni por el fondo ni por la forma se recomienda grandemente.

Sr. D. R. P. S.—Hay que andar con cuidado; porque, sin ir más lejos, el verso

«pudieron averiguar quién era»

no es verso ni lo parece.

Sr. D. M. S.—Cartagena.—«Soy tan valiente
tan malo y atroz
que solo en un diente
me como el arroz.»

Punto. ¿Para qué vamos á seguir leyendo? Detrás de eso no nos hemos de encontrar ninguna joya.

K. Labaza.—No, no envíe usted firma. Porque ¡guay de nosotros! eso es malo efectivamente.

Sr. D. F. C.—Y el caso es que no versifica usted mal; pero la composición por pesada y diluida y las *Quisicosas* por atrevidillas ú oscuras... no puedo aprovechar nada absolutamente.

Ravachol.—¡Dios mío, las veces que se habrá dicho eso, ó cosa parecida!

¿Vale?—Muy poco. ¡Poquísimo!

Campos.—Hay bastantes descuidos en la forma. Y el asunto no tiene nada de particular, que es lo más grave.

Sr. D. R. M.—Barcelona.—No, hombre, ¡no me ha ofendido usted, ni mucho menos! Como broma lo tomé y contesté en broma... ¡Eso es lo que á mí me gusta precisamente! La composición no entró en turno.

Fray Viruta.—«Á su vista tan solo
de emoción mi corazón latía...»

¡Caramba! Fíjese vuestra paternidad en que empieza mal eso, porque al segundo verso le falta una sílaba. Dios le guarde, hermano.

Un Cornetín.—Lo malo es que no todos los versos tienen las mismas sílabas, y en esa clase de composiciones es condición indispensable.

Rosquilla.—Pecan de anodinos. El único que tiene gracia es el último... para mí sobre todo, que he leído hoy de cabo á rabo ¡ciento cincuenta y nueve composiciones con sus correspondientes cartas!

MADRID, 1892.—Tipografía de MANUEL G. HERNÁNDEZ, impresor de la Real Casa.
Libertad, 16 duplicado, bajo.

ANUNCIOS

Lit. Madrid Cómico, Jesús del Valle, 36.



Dudad de todo, ¡oh escépticos!, pero no dudéis de que en *Las Tullerías* se come perfectamente.
Matute, 6.



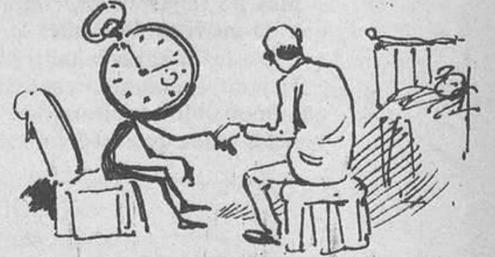
El señor gobernador debía mandar beber cognac fino de *Moguer*, porque es el cognac mejor.
Sobornos de Guinea.—Carretas, 27.



—Señor, el pueblo está sublevado y recorre las calles en actitud tumultuosa.
—Pedirá pan y toros, como siempre.
—No, señor, pide pan y camas del *Bazar de la plaza de la Cebada*, núm. 1.



—Aquí donde ustedes me ven, tengo setenta años, pero me afeito, me peino y me tiño en el salón de peluquería de *Rubio*, y parezco una criatura de quince años.
Peligros, 10 y 12.



—Cuando un nombre está enfermo, ¿qué hace? Llamar al médico. Pues el médico de los relojes es *Brañas*. En sus manos se salvan todos.
Matute, 12.



—No te da vergüenza llevar esa barba?
—No tengo otra.
—Bien, pero te pueden arreglar ésa en casa de *Tomás*, y quedas como nuevo.
Alcalá, 40.

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS
COGNACS SUPERFINOS



JIMÉNEZ Y LAMOTHE
MÁLAGA—MANZANARES



Lee usted un número del *MADRID COMICO*, toma usted enseguida un par de copitas de anisado del *MADRID COMICO*, y ya queda usted arreglado para todo el día.
Vicente Lóbez.—Zaragoza.



Centa, 15—Los de Anghora se han civilizado ya con pantalones de la sastrería de *Pesquera*.
Magdalena, 20.



Pues señor, los mejores desinfectantes, son las fotografías interesantes.
(Catálogo, 50 céntimos en sellos.)
The Publishing Office.—Amsterdam.



—¿Pretendes arrancarla?
—¿Pues que si quieres!
porque es inamovible de *Tirso Pérez*.
Mayor, 73.



Antes el hombre feliz no tenía camisa. Ahora para ser feliz hay que tener media docena de casa de *Martínez*.
San Sebastián, 2.

MADRID COMICO

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el extranjero por menos de un año.

Pago adelantado, en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

PRECIOS DE VENTA

Un número corriente, 15 céntimos.—Idem atrasado, 30.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Peninsular, 4, primero derecha.

Teléfono núm. 2.160.

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO

CHOCOLATES Y CAFÉS

DE LA

COMPANÍA COLONIAL

TAPIOCA, TÉS

50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

DEPÓSITO GENERAL

CALLE MAYOR, 18 Y 20
MADRID